

Humberto Guzmán Arce

Siringa

Para Bolivia, que casi acaba de sortear la guerra del Chaco, época es ésta de reconstrucción y restañamiento. Ninguna de sus actividades de antes de la hecatombe ha perdido su conocido vigor. Por el contrario, algunas de ellas renacen con inusitada pujanza. Tal es el caso de la literatura.

Con el propósito de estimular la producción en este terreno, Cochabamba, sede de la Sociedad de Escritores y Artistas de Bolivia, lanzó una convocatoria a concurso, dando lugar preferente a la poesía y al cuento breve. La juventud de la nueva generación ha respondido en forma entusiasta y brillante.

Merció un primer premio el poema «América», de Raúl Otero Reiche. Se trata de una creación de altísima calidad, que esperamos dar aquí mismo en una ocasión próxima. Entretanto, publicamos uno de los cuentos premiados, «Siringa», relato de un claro poder descriptivo y una trama llena de atinadas observaciones psicológicas en el ambiente en que se desarrolla la acción. Su autor, Humberto Guzmán Arce, es un escritor, que aun no ha cumplido veintiséis años.—(N. de la D.)



FORVENIR» era el nombre del estrado gomero y mi vivienda como las demás. Estaba sobre el altozano la fronda sepia. Mi choza en un claro de selva; y abajo, el río bayo, donde sumergían sus pies los barrancos.

La urdimbre de mi choza era simple: ramazones y hojas de palmera que tendían yertos los dedos de su mano.

Mucho tiempo hacía que se apagó en el recuerdo la impresión de mis lares serranos. Se borraron de mis ojos las combas azules y los riscos mordidos por el sol de la montaña. Sólo se afirmaba ante mi vista una percepción cromática: el cobalto perenne de la selva.

Peregrino en el bosque ambulé sin rumbo, persiguiendo imaginarios caudales que se escondían en el siringal.

—Ya es hora de empezar la tarea. De amanecida, era la orden que rasgaba el sueño de los peones; y tras la taza de café negro y humeante, desfilaban hacia la espesura.

Escrutando el vapor de la penumbra, andábamos a tumbos por encima de troncos recostados sobre el seno de la tierra. Despertábamos gemidos en los silencios oscuros, andando sobre la hojarasca; y tajando con el machete la melena del bosque, penetrábamos en sus cuevas.

Escogíamos los árboles de «hevea», y el cuchillo se hundía en la carne cetrina, tajando surcos en zig-zag. La escudilla pendía de la corteza y reunía, gota a gota, el pausado lagrimeo de la herida.

Diseminados por la estrada, los peones «picaban» atentos y febriles, bajo un vaho de humedad y nimbandos por aureolas de silencio.

Acompasaban nuestro propio ruido, moscas de luz

que danzaban en curvas sonoras; y el chirrido de las cigarras era, más bien, voz punzante como mi cautiverio.

Antes de que el retazo de cielo, entrevisto a través de las copas, se obscureciera definitivamente, los hombres se recogían a sus chozas de palma, para ahumar la leche del látex y forjar con paciencia bolachas ennegrecidas a la lumbre.

En cuclillas, la gente encendía la fogata, cuyas llamas lamían crepitando el aliento del atardecer.

Concluida la faena, liaba un cigarrillo, a cuyo extremo encendía la primera estrella de la noche y en mi pena florecía otra estrella de esperanza, aunque muy lejana.

La leyenda que emergía de las florestas del Beni, cruda y fascinante, como acre aroma, me había conducido hasta el fondo soledoso, donde busqué sin descanso caudales de oro, y sólo encontré que por su posesión danzaban codiciosas las pasiones, y acaso la sangre.

• • •

Transcurrían los domingos como días untados de murria y de sol. Los peones alborotaban el sopor de los descansos con primitivo holgorio y las botellas saltaban de mano en mano, invitando un sorbo áspero y quemante.

A la sombra de los platanares y recostados sobre cueros de res, de pelaje que destellaba luces, los cau-

cheros jugaban utópicas ganancias, acrecentando las deudas del «enganche», hasta que los dados y los naipes, en volteos imprevistos, provocaran alguna disputa.

A veces, tediosos de agua y de sol, cruzaban a lo largo del altozano batelones ahitos de goma, con rumbo al Madera. También estos barcos estaban amarrados a la vida del bosque, como bueyes uncidos al yugo de su angustia, yendo y viniendo sobre el lomo del río, sin conocer la libertad de otros ámbitos. Era el desfile fatigado de los mismos barcos y los mismos remeros.

Los ríos eran caminos roturados en la red tupida; y por ellos, algún año, solía aparecer, procedente de horizontes lejanos, una canoa repleta de rostros nuevos. Acudíamos para ver en sus pupilas el aliento de la vida y encontrar todavía tibia, la imagen de los pueblos que abandonaron. Pero eran también cautivos del «enganche», con cadenas en la mirada, y que traían en las manos la huella amoratada de las ligaduras que frustró su evasión. Venían a suplir a los «picadores» muertos y a los espectros de la malaria.

Perdida la esperanza de romper estas cadenas de soledad, sin tener la sombra de una persona que abreviara mis horas yertas, el deseo—porque no supimos en el bosque, lo que pudo haber sido el amor—era tenue llamarada que se consumía entre desvaídas caricias de las bárbaras, que solían dejarnos mayor desabrimiento.

Entonces era que me aplastaba el recuerdo de mi pueblo serrano, pareciéndome haber dejado en él una

prosperidad tan risueña como mañana de sol madrugero.

Recostado sobre el tronco de un «bibosi», dormitaba al compás de un batir de alas: eran las palmeras que se abanicaban el vaho de la tarde, con sus airones lanceados. Tan distraído estuve que no percibí el ronquido de unos remos que bogaron debajo del barranco, hasta mi sitio.

De la semiobscuridad del río, emergió un hombre con el dorso desnudo, llevando en una mano el cabo de una cuerda para sostener inmóvil la canoa.

—¿Está Gómez?—interrogó con fuerza al silencio.

—Habla con él—respondí incorporándome.

—Le traemos «mozos enganchados». De arribada iremos hasta Torno Blanco.

Ordené que encendieran las hachas de resina para alumbrar la maniobra. Un capataz, desde la borda de la embarcación, se puso a vigilar el descendimiento.

—Oiga, Gómez, tenga cuidado con éstos «que no son valientes para el trabajo». Aquél quiso «largarse» la primera vez que acostamos. ¡Y debe a la casa más de lo que puede valer su persona!

Cogí un hachón que alguien levantaba en alto y lo aproximé a la barca. Se hacinaba la gente, enredando sus penas en el fondo de la canoa. Al mando, fueron aproximándose a la claridad temblona dos mozos, magros en su juventud, y un hombre maduro acompañado de una muchacha. ¡Traían esperanzas de riquezas, a costa de la sangre que rezuma de la carne vegetal!

Eran de Baures. Sumiso el ademán y aplacados los ojos, llevaban en sus manos el atadillo de ropa.

La mujer tenía las pupilas retintas y muy dóciles; obscura la tez y la carne prieta. Al andar, ondulaba su cuerpo y palpitaban los pomos del busto turgente. Era una «mópera» niña con gracias de sol. Morena, flexible y palpitante, me traía una remota evocación de morería.

* * *

Manuel Limachi, el Tuco, el inválido, porque le faltaban los dedos de la mano izquierda, cercenados por el machete en alguna vieja reyerta de rivales, era enjuto y de pómulos salientes, de pelo renegrado como la muchacha, y trémulo el pulso. Al mando de los gómeros, se inició en los trabajos de la siringa.

La moza cuidaba los menesteres de la barraca. Los años columpiaban en su mocedad, como rayos de sol sobre las ramas del bosque. Y con el empeño que le daban sus años, manejaba briosamente el «tacú», triturrando con el mortero la cáscara de los cereales. Prepara el café, negro como sus cabellos, dulce como su mirar.

No bien el día difuminaba luces de sangre y mientras que el personal durmiera el último descanso, bajaba la «mópera» al río. Entraba en él, levantando espumas con el impulso del nado. Las ondas se apretaban al cuerpo, poniendo destellos de luz sobre la carne bru-

ñida y, al salir, como en cuadro de sabor primitivo, sus combas morenas se calcaban sobre el telón de la selva.

Tallada por el soplo del amanecer, subía a la barraca a reanimar la lumbre; servía el café y partía con rumbo al siringal, para ayudar al padre. El hombre, quemado por la fiebre suspendía la faena y, sudoroso, buscaba la humedad de un tronco, contra el cual se apretaba, dejando que la «sabandija» chupara su sangre.

Entonces, Clara, con el cuchillo del padre, hendía el tronco de las siringas y sus brazos desnudos y prietos, eran serpientes que se agitaban sobre las trenzas.

Junto con los caucheros, me internaba en la fronda para vigilar la jornada.

Clara vertía la leche, rezumante de las llagas, en un balde, y colocando el recipiente sobre la cabeza, se encaminaba con languidez. Tenía ritmo en el andar, como palmera azotada por el viento.

Me interpuse a su paso, y pude aspirar la afrodisia del bosque, en sus dos copos de ámbar, como si su cuerpo concentrara aromas de incendio.

Me golpeó la sangre en las venas, y con voz afebrada le dije:

—Me espiné en una «tacuara»; ¿podrías ayudarme?

Dejó el balde en tierra y vino hacia mí, y tanto, que pude beber muy cálido su aliento. La aprisioné con violencia, y ávidamente escancié de sus labios su

jugo bermejo, hasta que ella, con desmayo, apretó sobre mi pecho la comba enhiesta de sus capullos.

El follaje sepultó mi fuego. Y la vida desde entonces, se filtró por el bosque, más humana; cambiando su ademán hosco y huraño.

* * *

Era el mes del fábrico, en el que se entrega la goma al patrón.

Habían escaseado la siringa morada y la «itauba». La selva escondió avaramente su tesoro para que nuestra codicia no acuchillara su carne, ni turbara sus silencios.

Se suspendió la extracción de la linfa, para desmontar el bosque. La tierra, cálida y penetrantemente húmeda, era removida para hundir en el «chaco» la simiente de maíz y arroz. Se carpía el platanar, y era de ver como Clara, encorvada sobre la tierra, hacía fulgir oros sobre la nuca bruñida por el sol.

Los caucheros la miraban codiciosos, rezongando por mi vigilancia. Les había dicho: «Esta no será mujer para cualquiera y bien pueden guardarse de tocarla».

La fiebre oprimía mis sienes y un perenne sueño, con el temblor de la malaria, me aquietaba en la choza; y ella, sentada sobre un tronco, cortado a manera de mueble rústico, me brindaba amargos cocimientos de quina.

Cuando me anunciaron que llegaría el empresario, me levanté del lecho y dispuse las cuentas. Arribó en una canoa, precedido de los capataces. Hizo la recuenta del «caucho», y prorrumpió airado:

—Trescientas tichelas para diez estradas. ¡Si no fuera pequeña tu deuda, me la pagabas a «huasca»!

Se hizo un gran silencio sobre el personal. El patrón con los ojos foscos, revisaba choza por choza, escrutando el contrabando de la goma. En la mía encontró a la muchacha, a quien se le encaró con arrogancia:

—¿Cuándo te contrató la empresa que no te conocí?

—Vine con mi padre, que se enganchó en Baures.

Entonces el patrón agregó para que oyera; y sus palabras se escurrían con intención, por la barba de hirsuta maraña:

—Se irá en la canoa, porque aquí nadie trabaja por culpa de ésta.

Por la tarde, el río se la robó para las barracas del patrón.

No quise despedirme, y, sin embargo, presentí que huía la única luz que destelló en mi destino, huía, resbalando sobre el Amaru-Mayu de Malaquita.

Excitado y dolorido, acabé por sentir un pusilánime conformismo, como espalda sumisa a la pena. Pero acudieron a mi memoria los labios jugosos, el cuerpo elástico y obscuro. Me dejaron el sortilegio de su recuerdo; y su recuerdo me hacía tanto daño, como el

látigo, si hubiere descrito surcos sanguinolentos sobre mi pecho.

Sentí que el vacío estrangulaba mis ansias, añorando los días soleados por ella.

Y mi ánimo se irguió brioso al pensar que alguno estrujaría con fiebre, la fruta en capullo de sus senos. Los árboles irradiaban bazarria, mostrando la mesa nervuda de sus brazos. ¡Parecía que imprecaban!

Iré allá, me resolví, y despertando al Tuco le hice una súplica, como nunca la habría hecho:

—Pagaré tu deuda con mi persona, si me lo pides; pero vamos donde tu hija.

Con el machete entre las manos, descendimos a una canoa afilada, que siempre bailaba contra el barranco, y bogando a remo sordo, ambulamos por la noche.

Cuando encostamos cerca a los barrancones del patrón, di libertad a la canoa para que se perdiera sin rumbo, envuelta en la espuma. Aguardamos el día en una red lindera a los edificios. Desde nuestro refugio, sentíamos la pulsación de la selva. ¡Soledad, jirones de silencio, eran gérmenes de vida para los seres escondidos en sus grutas, y eran muerte para el hombre!

Recién con el intenso luminar del mediodía, vi a la muchacha vagando sobre la distancia. Recostaba contra el ánfora de su cadera, una cantarilla de barro para coger agua del río. Salí a su encuentro, mientras que ella me esperaba con una sonrisa cándida.

—¿Vienes conmigo? Vámonos de aquí. Tengo mie-

do de esta vida y de los caucheros. Escaparemos al Madera. ¡Vamos al Madera!

Arrojó la cantarilla al río y vino con nosotros. Pero en lugar del retorno a Porvenir, propuse la senda del Amaru-Mayu al Madera. Ir a los poblados, sería aceptar el cautiverio. El Madera, las Cachuelas, orearían con sus hálitos nuestra vida sumisa.

Esa noche anduvimos con sigilo, temerosos de la persecución. Mas, repuesto el ánimo, asomamos a la orilla del Amaru-Mayu y vimos en el cielo búcaros de luces que nos bañaban en una imaginaria frescura de estrellas.

* * *

Un mes tardamos sesgueando hasta Cachuela Madera. Anduvimos un mes al amparo de la maraña umbrosa, cobardes al grito de la fauna múltiple y salvaje, que se escondía en el abismo del bosque. Perdimos el rumbo en la espesura, pero al fin vimos el dorso bayo del río.

Sobre sus lomos se alineaban entonces lanchones y balsas fatigados de «cauchos». Con los ojos turbios y transparente la carne, los remeros estaban macilentos por la fiebre negra. Sus brazos habían perdido la fibra y sólo eran miembros secos que hundían las palas del remo a un compás desganado.

Pregunté quién saldría de inmediato a las Cachuelas, donde una barrera terca, se opondría la persecución que nos decretarían en los gomales. Deseaba con-

firmarme al peligro. Saltar Riverón, Periquitos, hasta Calderón del Infierno, y en otro suelo, beber la vida en un sorbo de dicha con la mujer que me dió el bosque.

Ofrecí nuestros brazos a un fletero, que llevaba en el vientre de su batelón un tesoro de goma. Partimos los tripulantes y punteros de Cachuela, a órdenes del piloto.

Mansa y humilde fué el agua hasta Riverón. Aquí la cachuela hervía sonora, impetuosa. Se levantaban columnas de espuma por encima del granito, que fragmentado, cortaba el río de un tajo. Y este salto tenía tal fragor, como si golpearan en la cascada todas las voces del mundo.

Un cañón dejaba libre al paso, como ventana abierta para un salto sobre el infinito.

Con las manos crispadas en rictus de angustia, me sostenía de las bordas del batelón; y mis nervios tensos, veían más que mis ojos entrecerrados.

Haríamos «un paso a canal». El barco enfiló hacia el vacío. El puntero afirmó la ruta, rozando las quiebras, para perseguir el impulso ilimitado de la corriente. El barco a empellones del vértigo lanceó sobre el abismo, quebrando la transparencia del aire.

El batelón había saltado el peligro, y ebrio, se alejó dando tumbos.

Seguimos por el curso, otra y otra jornada.

Un vuelo de garzas pintó de blanco la pupila del cielo; y su plumaje me parecía cándido, como el alma

de la mujer que me acompañaba. De los troncos que lamían los barrancos, las «suchas» inmóviles y vestidas de negro, picoteaban el turbión. ¡Mal presagio el de estos cuervos del río!

Debíamos llegar hasta Cachuela Araras, donde el agua diluye en azul sus márgenes distantes. Y cuando sentimos que el rápido tendía a llevarnos, encostamos en una playa de «chuchíus».

Repuestos de la fatiga, y tomando alientos para enfrentar el riesgo, atamos a proa una larga cuerda para ayudar la maniobra desde la playa. El Tuco, tres remeros y yo, sirgáramos de la costa para que la barca hendiera la Cachuela. Clara, quedó con la tripulación para dar lastre, porque el barco «a media carga», daba cabezadas en su vaivén sobre la espuma.

Las piedras de la Cachuela emergían negras. Rimaban con el agua una sinfonía doliente matizada de sol.

Araras no tenía la impotencia de la otra, aunque más siniestra, apuntaba la muerte con el índice de sus salientes.

Sirgábamos con fuerza poniendo tenso el cable, en el que vibraba el aire.

El puntero con el tronco tentó el paso entre los riscos; y nosotros midiendo la distancia largábamos la cuerda, poco a poco.

El batelón, vacilante, se alejó de la playa y se aproximó a la cascada, donde la masa de agua se descuelga, levantando montañas de espuma que escupen hasta el cielo.

Los hombres, diminutos muñecos de lejanía, trataban de gobernar enderezando la proa hasta el espacio libre, para dar el salto «a media carga».

Pero la sirga hacía dar cabezadas opuestas a la corriente, y en lugar de recibirla de largo, el batelón, recibió la embestida del agua en un costado, que se lo llevó danzando contra las rocas. Furioso el empuje, le estrelló las costillas; gemía la madera con el restallido de las olas; y la quilla cabalgó a medias sobre el abismo.

Una mano siniestra volcó el barco al vacío, y los tripulantes y la carga, como racimo desgranado, fueron envueltos por la columna prieta del agua, que se los llevó hasta el fondo de la catarata.

Dos cuerpos lucharon contra la corriente para no ser arrastrados por las columnas del río. El uno, zarrandeado por la turbulencia que quería desasirlo de las rocas, se sostenía apenas con sus brazos magros. El otro se arraigaba a las salientes y con bravura desesperó encaramarse sobre el basalto, donde se tendió exánime. Reconocí. ¡Eran los brazos de la «mópera»!

La selva jocunda, la selva potencial y lujuriosa se vengaba de las llagas abiertas en su carne, tendiéndonos la red de las cachuelas del río.

Allí quedaba envuelta la esperanza del «picador», como el tronco ambicioso de elevación, que se consume entre las retorcidas guías de la liana trepadora.

Yo enloquecido, corría por la playa, sin saber donde ni a qué, mientras que los cachueleros, hundida la

vista, menearon sus cabezas. Intentamos arrojar una cuerda de salvamento del retazo de cable que la sirga dejó entre nuestras manos. Pero la peña estaba tan lejana, que la corriente y la distancia se llevaron el cable.

El río sádico, hermano de la selva, desnudaba el cuerpo de la muchacha, que ahora, reverberaba con llamas de trópicos que le arrancaba el sol. Quedaría allí sobre los bordes de la peña, lindando con el abismo y la espuma, hasta que no tuviera aliento; hasta que las «suchas» retintas escanciarían el brillo de su mirada, devorando los ojos; y hasta que el sol y este río triturarían su carne en blanco polvo, para que la ventolina se lo lleve a fecundar el bosque, como polen de flores.

El tiempo pasó sobre mi vida como una montaña. Y la pavora que me impuso la tragedia se alzó con agudo clamor al infinito.

Un hombre, de estos hombres que son espectros de carne, pero en quienes el bosque esculpe la fibra del ánimo, midió la distancia y levantó su arma, que es hermana del siringuero, como la selva del río.

—Hay que despertarla no más, antes de que las «suchas» le roben los ojos.

Comprendí el recurso cruel y humano que los cachueleros usan en este trance, y hundi mi frente y mordí las brasas de la arena, cuando un silbido áspero tajó el fragor del agua.

¡Junto a las trenzas retintas, debió florecer una rosa de sangre, que salpicaría el cielo!